la que busca en calidad de hermana? Para una hermana ausente, bastaba un tibio recuerdo tal cual vez, mas no tantas... ¡Ay de mí! ¡que zelos me atormentan! No, no es su hermana; su amante es la que busca. ¿Que espero pues? El alma que tiene fija en otra parte, ¿como podrá inclinarla á Felisinda? Ea, Felisinda, ya tienes descubierta la causa de los desvíos de Valdemaro... Mas ¿como no te declarabas ántes, estrangero aleve? Si triunfa de mi amor la fuerza de ese amor que ocul-

tas, ¿como no lo confiesas sin doblez? ¿Tú haces alarde de tu sinceridad? ¿tú te precias de noble? ¿tú eres leal? esa no es lealtad, alevosía es infame... Pero ¿de que me quejo? mi pasion me ciega. Vete, estrangero ingrato; corre á enlazar tus brazos con esa infeliz amante que te aguarda: marcha, parte veloz... Mas ¿que digo? ¿partirse? ¿pues podria permitir que se partiera, para que disfrutase otra las caricias que á mí me niega? ¿podria consentirlo? En la obscura prision pagará su alevosía.

Dicho esto, sale de la estancia con precipitacion, y al primer paso, encuentra con Filena. ¿Tambien tú piensas seducirme? le dice con aspereza. ¿Como te atreves á persuadirme, que Valdemaro interiormente se abrasa por mi amor? ¿Que puedes prometerte de ficcion tan injuriosa? ¿interesas algo en engañarme? ¿Yo engañaros, señora? respondió Filena sobresaltada. Tú, tú misma, tú, alevosa, replicó Felisinda: en nadie se halla fidelidad. Dijo; y ocultándose otra vez en la estancia, cier-

ra de golpe la puerta.

Y ¿que puede pretender Filena? dice á breve rato. ¿Que motivo la impele á seducirme? ¿querrá tal vez grangearse el amor de Valdemaro? ó prendada ya de su valor y bizarría, ¿querrá que lo detenga yo en palacio, para que en tanto disfrute siquiera el placer de verlo? ¡Que horrible misterio es este que se me oculta! Concertados ambos, ¿conspirarán contra mí? ¿querrán armarme traycion? Pero ¿no tengo bien penetrada el alma de Filena? ¿Puede haber en-

gaño en ella? No, no puede haberlo: su fé me es bien conocida. ¿Que rezelo pues? Filena es fiel, y cuando ella afirma que Valdemaro me ama, le será bien notorio su afecto. ¡Que necias sospechas formé de Valdemaro! ¡Cuan pronto me dejé llevar de una vergonzosa pasion! No, Valdemaro no es traydor: es noble, y si alguna pasion amante le estorbara corresponder á mis cariños, la confesaria sin rubor. Sola su hermana le desvía, solo Andrónico le separa de mí. Pero esto importa po-

co: pasiones tan débiles como las que inspira la naturaleza, desaparecerán á vista de las que enciende el hechicero amor. Pues ¿que vacilo ya? repetiré á Valdemaro mi oferta, y la aceptará sin resistencia. Él habrá *meditado á solas* la fortuna que aquí se le ofrece, habrá previsto los trabajos que le amenazan, apénas fije el pie fuera de este agradable recinto; y la diferencia enorme de una suerte á otra, le pondrá en la precision de admitir la que le ofrezco. Esto dijo; y al instante llama á

BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO

Filena, para desembarazarla de la admiracion y pasmo, en que la habia puesto poco ántes.

En tanto que Felisinda discurria de esta suerte, se hallaba Valdemaro atropellado de una rápida sucesion de contrarios afectos. Su corazon ardia en amantes llamas por Felisinda; pero las obligaciones que debia á su heroyca sangre, las estinguian de algun modo: tal vez tenia por cierta la muerte de Andrónico y de su hermana; pero á las veces la miraba como especiosos inventos de

Filena para seducirlo. Pensaba, que la providencia lo habria conducido á aquel pais, para que acabara felizmente sus dias con Felisinda; pero veia, que no era esto lo que tantas veces se le habia predicho.

¿Que esperas á resolverte? se decia á sí mismo. ¿Dejarás que te vuelva la espalda esta no esperada felicidad, que ha venido á buscarte? Si tuvieras esperanza de volver á Dinamarca, y poseer el trono que violentamente ocupa Cristerno, podias muy bien despreciarla; pero ¿co-

mo es posible, que veas otra vez á Dinamarca? Dinamarca acabó ya para tí. Todavía es muy jóven la mano que rige el cetro; cuando no tenga fuerza para sostenerlo, ya estaré confundido con el polvo que pisan los pasageros. Sí; que no puede mi corazon tener esfuerzo, para resistir á los crueles y repetidos golpes de la desgracia; y si tal vez quiero poner el pie en la otra parte de esos montes, sabe Dios, si al primer paso encontraré con mi precipicio. No; fuera locuras, fuera delirios. Este

fértil pais que domina Felisinda, ha de ser mi centro. ¡Con cuanta libertad gozaré de su hermosura en estas apacibles selvas, donde la paz, el amor y la alegría son tan solemnemente venerados! Libre de sustos y de sospechas, no tendré mas cuidados que el de corresponder á sus amantes caricias, ni mas emulacion que la de que mi amor compita con el suyo. ¿Que me detengo? Á Dios, cetro, á Dios, corona, á Dios, reyno; yo os dejo gustosamente por Felisinda: Felisinda ha de ser mi esposa.

Hecha esta resolucion, intenta buscar á Felisinda para comunicársela; pero al primer paso que da fuera de la estancia, párase dudoso, se detiene un rato, y dice: ¿con que ya estoy resuelto? ¿Reducido estoy á unirme para siempre con Felisinda? Pero ¿como tendré valor para abandonar un pueblo, que gime inconsolable bajo el tirano yugo de Cristerno? ¿Podré preferir los halagos de una muger encontrada por acaso, á las obligaciones que debo á mi hermana? ¿No es ella, la que sa-

cudió de mi inocente cuello la cruel cadena que le oprimia? ¿no es ella la que me envió recomendado á la Suecia, para que desde allí partiese á vengar la muerte de mi padre, á borrar con la sangre de mi hermano la execrable injuria que me hizo, y libertar al pueblo de la injusta opresion que sufre? ¿Por que pues no correspondo agradecido á sus finezas? ¿por que no pongo en egecucion sus nobles designios?

Si los vientos contrarios se han opuesto á mi viage,

si la adversa suerte me lleva siempre errante, ¿debo por eso abatirme? No; que no es digno de gloria un corazon que se rinde á los golpes del infortunio. Si pudiera evadirlos, encerrándome en este recinto... pero no; es locura. Los débiles brazos de Felisinda no podrán servirme de abrigo: ella tal vez no busca mas que su propio gusto. ¡Cuan en breve pasará del uno al otro estremo! Prueba bien clara tengo de su instabilidad. ¿No es ella la que ayer decretó mi destierro? ¿ella misma no es

la que estaba tan inexorable, que ni admitia disculpas ni reconvenciones? Así lo dijo Filena: ni la sombra de la noche, ni el horror de los montes, ni la incertidumbre del camino, eran poderosos, para que suspendiera por un rato, á lo ménos, la egecucion de su sentencia.

No dudo, que el haberla librado del riesgo que la amenazaba en la fiera muerta á mis manos, habrá podido trocar sus afectos; pero ¿quien pudo cambiarlos ántes, para que del destierro que me intimó, pa-

sara al placer de la caza que dispuso? No, no es amor lo que astutamente fina me exagera Felisinda; pero aunqne lo fuese, ¿deberia rendirse á sus halagos el hijo del grande Heroldo? no es posible.

Dijo: y lleno de una noble osadía, parte á buscar á Felisinda para desengañarla; pero apénas la encuentra, se siente mudado de improviso. Como aquel soldado bisoño, que ántes de entrar en la batalla, nada le asusta, ni las balas le acobardan, ni le intimidan las espadas, ántes ne-

ciamente valeroso, piensa atropellarlo todo; pero que apénas se pone al frente del egército contrario, se amedrenta al estrépito de las armas y al tumulto de los combatientes, desmaya al clamor de los moribundos, se le huye la tierra debajo de los pies, y apénas puede tener las armas en sus manos trémulas: así puntualmente le sucedió á Valdemaro, luego que se puso en presencia de Felisinda. Su hermosura, que la realzaba portentosamente cierto enojo amable que mostraba en el rostro, y un

ligero desfallecimiento que se la notaba en sus miembros, le perturbó de repente. Ya no sentia en su ánimo aquel esfuerzo que ántes esperimentaba: las palabras que tenia en la lengua para decirle, se volvian al interior del pecho, tiradas de una fuerza desconocida; el corazon le palpitaba con violencia; sus miembros se hallaban entorpecidos; y todo él poseido de un estraordinario descaecimiento.

Presto conoció Felisinda su turbacion, y pensando que provenia de otra cau-

sa, le dijo: ¿que os embaraza? Cuando yo he pasado por el rubor de confesaros mi pasion amante, ¿teneis ahora reparo de mostrar una correspondencia no mas, que me es tan debida? ¿Acaso es el amor alguna infame pasion, indigna de corazones nobles? ¿Que reparo teneis pues de confesármela, cuando ella misma se está manifestando en el rostro, á pesar de vuestro esfuerzo? Mal interpretais, señora, los movimientos de mi semblante, respondió Valdemaro. No puedo negar que

os amo; os amo con sinceridad, y tanto, que me habia olvidado de mí mismo por entregarme á vos; pero tampoco puedo negar, que obré arrebatadamente, obré conforme al impulso de un corazon apasionado, no segun la decision de un entendimiento libre. Ved ahí, de donde nace la turbacion que veis retratada en mi aspecto. Venia resuelto á pronunciar un sí, que habia de dar el último nudo al lazo con que comenzaba el amor á unirnos; pero me asaltó una reflexion tan po-

derosa, que derribó mis proyectos.

Al paso que hablaba, iba cobrando el esfuerzo que habia perdido; y como el soldado que en el calor de la batalla olvida los peligros, y rompe por cuantos embarazos se le oponen; así Valdemaro, sin atender á los hechizos de Felisinda, prosigue diciendo: ¿será razon, que prefiera una estrangera sangre á mi sangre propia? ¿Será justo, que por gozar tranquilamente vuestra hermosura en estas florestas, deje abandonado un reyno, que

funda en mí sus esperanzas? ¿Podré redimirlo de la enorme vejacion que sufre, si me quedo en este pais, entregado al ocio dulce del amor? Mis vasallos espuestos al rigor de un rey intruso: mi trono, mi corona y cetro... mas ¿quien me inspira este lenguage? Señora, mi hermana no tiene otro amparo que el que yo pueda darle, y no es justo, que la deje sin consuelo entre las penas que la afligen. Pensad, si puedo en otra cosa daros gusto, que pues en esta no me es posible, estoy

resuelto á marchar este mismo dia.

Así como mas furiosamente se precipita el caballo que corre, si le dan la espuela, y se encrespa con mayor furia el voraz incendio, si le añaden combustibles; así el enamorado corazon de Felisinda se enardeció mas vivamente, al oir estas razones de Valdemaro. Queda suspensa, reflexiona un rato, se aviva el deseo, desmaya la esperanza, se agita el corazon, y palpitándole en el pecho, dice con amante timidez: ¿Que nuevas escusas pre-

testais ahora? ¿que me decis? Que es preciso dejaros, respondió Valdemaro. Cuan grande es mi dolor lo podeis bien conocer, si reparais... No pudo hablar otra palabra, porque un nudo le atravesó la garganta. Alzó amorosamente los ojos, para mirar los de Felisinda, y viéndolos ya empañados de lágrimas, mezcló con ellas las suyas, á pesar de toda resistencia.

¿Con que es preciso dejarme? dijo Felisinda. Preciso, respondió Valdemaro. Mi antigua obligacion, mi hermana, el pueblo... ¡Ti-

rano amor! ¡Ah, si nunca hubiera puesto el pie en este parage!... ¡Fatal momento aquel, interrumpió Felisinda, en que os viéron mis ojos! ¿Que infeliz destino os condujo á este sitio, si tan presto?... pero no, no habeis de partir, ántes me veréis muerta á vuestros pies. ¿Que resolveis?

¡Que atroz batalla de afectos! esclamó Valdemaro. ¡Ó débil corazon mio! ¿donde está el valor que poco ántes tenias? ¡Ah, cuan diferente aspecto tienen los peligros, cuando se

miran de cerca! Ahora poco, parece que ya no temia los insultos que pudiera hacerme el amor; pero ya veo... ¡Infelice de mí! ¿Así se cumplen, Alberto, vuestros presagios? Amado Andrónico, ¿como les disteis fe tan presto? ¡Ah, que vanas salen vuestras promesas, Gésner amable! Piromanto solo me hizo ver la verdad de mi destino. Pero si he de tener en fin una muerte tan violenta, si el dolor de ver morir á mi hermana ha de redoblar tan cruelmente los dolores de mi muerte, mé-

nos mal será que yo mismo me quite la vida: de esta forma, ni mi hermana pasará por el dolor de verme morir, ni yo tendré la pena de ser testigo de su muerte.

¿Delirais acaso? preguntó Felisinda. Dejad esos temerarios designios, adorado dueño mio: pensad que vuestra muerte ha de apresurar tambien la mia. Si me amais, que abandoneis os ruego pensamientos tan funestos. ¿Quien estando en compañía de Felisinda, podrá daros la muerte? Y ¿como es posible, que

veais la de vuestra hermana, cuando acabó ya el curso de su amarga y trabajosa vida? Pensad, pensad en vivir con Felisinda: quedaos en este bello parage, formado quizá desde el principio para que vos le gozeis; sí, para que le gozeis en compañía de Felisinda, que el cielo destinó sin duda para esposa vuestra. ¿Que resolveis en fin? Darme la muerte, respondió arrebatadamente Valdemaro. Este mismo puñal, que tantas veces... ¡Ay de mí, esclamó Felisinda, arrojándose con ímpetu sobre

Valdemaro! ¿que es lo que haceis?

Por presto que se arrojó, no pudo detener el impulso, solo pudo cambiar el blanco; pues el golpe fatal que se dirigia á Valdemaro, cayó sobre ella misma, hiriéndola el funesto hierro en el brazo izquierdo. Tiñe luego la sangre sus ricos vestidos, riega el suelo, y cae desmayada. Valdemaro queda inmóvil y pasmado; cáesele de la mano el sangriento puñal, y no sabe que hacer: mas viendo que Felisinda se iba desangrando,

la toma en sus brazos, levanta el grito, clama sobresaltado. Acude la gente de palacio, y viendo la desgracia de su señora, lanzan terribles quejas, improperan á Valdemaro, pensando que habia sido el agresor, convocan á la vecina gente, acuden todos, y fórmase un motin. Arrebatan unos á la desmayada de entre los brazos de Valdemaro, para curarla; otros cargan sobre este, para aprisionarlo; y llenándole de golpes y de injurias, y arrastrándolo de los cabellos por aquellas salas, lo

conducen á una triste cárcel, sin darle lugar siquiera para proferir palabra.

Y ¿que ha de ser de mí ahora, decia entre sí mismo? ¿Quien podrá librarme del terrible golpe que la muerte va á descargar sobre mí, cuando no hay ninguno entre tantos que no medite mi ruina? Mi hermano me persigue, Andrónico y Gésner me engañan, Alberto me ayuda á precipitar, mi hermana no puede remediarme, y aquí donde se trataba de mi felicidad, solo se fragua mi perdicion. Si re-

corro los mares, ó quieren sepultarme en sus abismos, ó me arrojan á la tierra por no sufrirme: si camino por la tierra, no encuentro mas que lazos, tropiezos y precipicios: si levanto los ojos al cielo, lo veo irritado contra mi. Mas ¿por que me fatigo en vano? Á cualquier parte que vuelva los ojos, veo retratada mi destruccion: ¿por que pues no ha venido ya la muerte?... Mas ¿que pronuncio? ¿Cuando acabaré de llamar á la muerte para mi remedio? ¿cuando sabré poner toda mi con-

fianza en Dios? ¿No puede ser, que por castigo de esta execrable injuria tantas veces repetida, vengan sobre mi tanta inmensidad de trabajos? Si yo no hubiera empuñado el fatal acero para matarme, no me veria ahora en tan infeliz situacion. ¡Ah! cuando me veo á la márgen del precipicio, conozco mi error, y vuelvo sobre mí; pero luego me abandono á mis pasiones, cuando estoy distante del peligro. De esta suerte vivo entre desaciertos, arrepentimientos y reincidencias. ¡Ay de mí tris-